

Núm. 34.

TODO EXTREMO ES VICIOSO,

O

LA MUSICOMANIA.

COMEDIA EN UN ACTO.

PERSONAS.

Don Tadeo, Padre de

Doña Juanita.

Don Mamerto.

Justina.

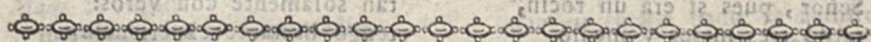


Vacarmini.

Serpenton.

Un Lacayo.

Un Boticario.



La Escena es en la casa de Don Tadeo.

Sala bien adornada con un piano, mesa y demas adornos.

ESCENA PRIMERA.

Mamerto y Serpenton.

Serp. **C**on qué no me dice usted
á quien busca?

Mam. Con efecto, *Mirando atenta-
él es. (mente.*

Serp. La cosa es graciosa:
que me ha conocido creo, *Ap.*
mas disimular conviene,
por si acaso... Caballero,
no me dice usted quien es,
ó á quien busca?

Mam. Ah bribonzuelo! *Ap.*
ya, ya lo diré.

Serp. Malicia
trae la nube, mas no quiero
capitular todavía.
Parece á lo que entiendo,
que venís equivocado:
Aquí vive un Don Tadeo,
Baron de...

Mam. Tambien habita
en esta casa un sugeto
bribón, borracho...

Serp. No tal;
porque mi amo Don Tadeo,

aunque músico, es muy sobrio,
y hombre de bien.

Mam. El que quiero
decir, es un Andalúz...

Serp. Toma! toma! ese sugeto
vive... venga usted conmigo,
y lo sabrá.

Mam. Ah runantuelo!

Serp. Desde la puerta se ve
su casa, señor.

Mam. Primero
que salga te he de romper
la cabeza.

Serp. Según eso,
usted hablaba conmigo.

Mam. Me conoces?

Serp. Yo!.. en efecto,
ahora caygo... vaya, vaya,
como hace bastante tiempo...

Mam. Qué has hecho de mi caballo,
infame?

Serp. El caballo vuestro?
Señor, pues si era un rocin,
tardó tres meses y medio
en traerme de Alicante
á Madrid.

Mam. Por eso mesmo
le venderías.

Serp. Y á fe
que tuve un trabajo inmenso
en hallar quien le comprara.

Mam. ¿Y conservas, á lo menos,
el dinero que tenía
la maleta?

Serp. Ay Dios eterno!
quando ya uno de camino
gasta como agua el dinero,
además no había tanto.

Mam. Había, si bien acuerdo,
diez medallas.

Serp. Mil quisiera
que hubieran sido.

Mam. No creo
que haya bribon descarado
qual tú.

Serp. Si señor, es cierto,

pero á veces un bribon
suele servir de algo bueno.

Mam. Tú no sirves para mas
que para galeras.

Serp. Quedo,
que aun en tierra puedo ser
todavía de provecho.

En fin, Señor, cada uno
tiene sus ciertos defectos;
usted ama con locura
las hermosas, yo el dinero:
pues bien, si esta diferencia
de gustos, en otro tiempo,
nos hizo reñir, ahora
puede hacernos verdaderos
amigos: tiene mi amo
una hija, que es como un cielo,
de la qual usted se halla
enamorado.

Mam. Pero eso
cómo lo sabes?

Serp. Lo se,
tan solamente con veros:
tengo bastante experiencia
de que sois uno de aquellos
caballeros de novela:
pero señor, os advierto,
que en estos nuevos amores
no trateis de armar un duelo
como marras.

Mam. Ni tú trates
de nombrarte mi heredero
antes de que muera.

Serp. Al fin,
usted vuelve á hablarme de eso?

Mam. Te parece que lo olvide?

Serp. Pues bien: qué fue todo ello?

Mam. Robar maleta y caballo,
mientras yo estaba riñendo
con mi enemigo.

Serp. Eso fue
para quitaros de enmedio
un testigo peligroso,
si es que llegaba el aprieto
de que declarar me hiciesen.

Mam. Y dí, si yo hubiera muerto

por desgracia á mi contrario,
¿cómo! salia del riesgo
sin dinero y sin caballo?

Serp. Usted tiene en su talento
muchos recursos; en fin,
ya lo pasado olvidemos,
y vamos á lo presente.

Juana, como iba diciendo,
es una excelente dama.

Mam. Como sabes tú que en eso
me lisonjeas?

Serp. Sin dudas,
pero si no estais impuesta
en las cosas de esta casa,
tendreis éxito funesto.

Mam. Ola!

Serp. Si señor; es fuerza
andar por este terreno
con guiaz.

Mam. Tú lo serás.

Serp. Yo! pues si solo soy bueno
para galeras.

Mam. Si logro
mis designios por tu medio,
todo queda perdonado.

Serp. Bien dixe yo desde luego:
usted como buen galan,
busca un bribon por tercero,
y yo que amo la moneda,
la proporciono sirviendo
á un jóven acaudalado.

Mam. No perdonaré el dinero
que para el plan necesitas,
y así Manolillo..

Serp. Quedo,
que ya no soy Manolillo.

Mam. Has mudado segun eso
el nombre?

Serp. Yo mudo tantos
como oficios. Desde el tiempo
que me separé de usted,
he sido titiritero,
lacayo, mozo de sillas,
recluta, y en fin me veo
de Lacayo, favorito
del insigne Don Tadeo,

ya en la trasera del coche,
ó ya ocupando mi asiento
en la continua academia
que hay en casa, desempeño
muy bien mil obligaciones,
baxo de mi nombre nuevo.

Mam. Y ese cuál es?

Serp. Serpention.

Mam. El tal nombre por lo menos
es sonoro.

Serp. Señor mío,
acuérdesese de aquel tiempo
en que solia llamarme
el precioso mensajero
del templo de Citeréa.

Mam. El Baron, es con efecto
un gran músico?

Serp. Lo dice,
y todos se lo creemos,
porque para eso nos paga;
mas sepamos á todo esto,
quales recomendaciones
traeis, porque yo os advierto,
que en casa á nadie se admite,
sin que sepa quando menos
tocar los platillos.

Mam. Dexa
las chanzas.

Serp. No me chanco.

Clave de Ge-sol-re-ut
se necesita si habemos
de abrir la puerta del quarto
de micamo.

Mam. Y dí, lo mismo
sucede con el de Juana?

Serp. Ese es ya punto diverso;
pero supongo que usted
viene camino derecho
como Dios manda.

Mam. Bribon!
eso preguntas?

Serp. Los tiempos
están desmoralizados;
hasta un puntón en fin ya veo
que usted lo que solicita
es casarse; y me intereso

en su suerte. Doña Juana es hermosa, diez mil pesos son su dote: me parece que recompensa con eso qualquiera incomodidad del estado.

Mam. Yo no aprecio sino su virtud, sus gracias. Ah Serpention! de tu ingenio fio toda mi ventura.

Serp. Tocaís algun instrumento?

Mam. Ninguno.

Serp. Cantáis?

Mam. Tampoco.

Serp. Disarmónico sugetos; pues cómo quereis casaros sin tener conocimientos de música? Señor mio, vuestra pretension la tengo por imposible.

Mam. Qué dices?

Serp. En fin, pensaré, y veremos.

Os conoce Doña Juana?

Mam. Si, la he visto en el Colegio.

Serp. Y la hablasteis?

Mam. Con los ojos pinté mi amor.

Serp. Respondieron los suyos?

Mam. Lo suficiente á animarme: tambien tengo á mi favor una carta de mi tio Don Guillermo, grande amigo de tu amo.

Serp. Y está en música?

Mam. Ya es eso delirio.

Serp. Oh! No hay delirio que valga, pues Don Tadeo desprecia todo papel que no esté en solfa: no hay medio, es preciso que usted sea un gran músico al momento, ó que abandone su dama.

Mam. Y cómo en tan breve tiempo he de ser músico?

Serp. El caso

es que yo me empeñe en ello.

Mam. Toma para que te animes.

Le da dinero.

Serp. Qué penetracion! qué ingenio tan despejado!

Mam. Hace dias que te conozco, y por eso sé ganarte el corazon.

Serp. Cada uno va á su provecho.

Además, ya sabe usted que el músico es un terreno que jamás produce fruto sino es á fuerza de riego.

Mam. Aquí hay mas agua.

Enseñándole el bolsillo.

Serp. Tal vez hará falta, pues preveo no pocos inconvenientes; esta plaza por supuesto se ha de tomar por sorpresa; pues si tiene Don Tadeo lugar para exâminaros, no hay boda; así, lo primero es necesario que usted...

Mam. Pasos oygo.

Serp. Con efecto, vámonos á esotra pieza para que nuestro secreto no se sospeche. *Vanse.*

ESCENA II.

Justina, y luego Juana.

Just. No hay nadie en esta sala; yo creo que mi Señorita sueña: chis, chis, venga usted sin miedo, que no hay nadie.

Juan. Cómo no? pues dónde se fue Mamerto?

Just. Qué Mamerto, Señorita? usted siempre le está viendo en su fantasía.

Juan. Digo

que entró en casa, y que aquí dentro escuché su misma voz, no me engaño.

Just. Siendo cierto lo que decís, es probable que estará en el aposento de mi amo.

Dentro Tad. Huye bribon, temerario.

Just. Ay Dios! qué es esto?

Juan. La prueba de ser verdad la visita de Mamerto.

Dent. Tad. Vaya el bribon al instante fuera de mi casa.

Juan. Cielos, hay muger mas desdichada!

Just. No os desconsoléis.

Juan. ¿Qué puedo esperar, si ya mi padre con enojo, tan violento le despide?

ESCENA III.

Dichos, Don Tadeo, y luego Serponton.

Tad. Serponton, vengame.

Just. Qué estoy oyendo?

Tad. Serponton?

Sale Serp. Señor?

Tad. Ven hijo, vengame de ese perverso temerario.

Juan. Padre mio::

Tad. Apártate, que estoy ciego de ira.

Serp. Pero, señor, qué ha sucedido?

Tad. Un suceso, un crimen imperdonable.

ESCENA IV.

Dichos, y un Lacayo.

Lac. A vuestros pies os ofrezco la enmienda.

Tad. Huye de mi vista;

Serponton, coje al momento un garrote, muélele las costillas, y que luego se vaya fuera de casa.

Just. El Lacayo es el objeto de su enojo.

Juan. Ya respiro.

Tad. No me obedeces?

Serp. Primero quisiera saber qué crimen es el suyo.

Tad. Me estremezco tan solo de recordarlo!

si no fuera porque tengo que tocar en la Academia el piano, por mi mismo hubiera vengado el arte de la armonia; mas temo de que se me altere el pulso con el violento manejo del baston.

Serp. Es un temor muy prudente, pero vuelvo á preguntaros, qué hizo?

Tad. Que tuvo el atrevimiento, la osadia, el desacato de profanar un alegre del maestro Samperuchi.

Serp. De qué manera?

Tad. Embolviendo en su precioso papel...

Serp. El qué?

Tad. Unas velas de sebo.

Serp. O! crimen imperdonable! monstruo de crueldad, qué has hecho con qué las notas armónicas en contracto con el sebo!

Tad. O! cómo brillan tus ojos en noble ira! Corre presto executa la sentencia.

Lac. Pero decidme, ¿no es cierto que han de servir estas velas esta noche en el concierto?

Serp. Y qué importa?

Lac. Importa mucho.

porque yo viendo que el sebo es villísima materia para alumbrar á tan diestros profesores, envolvílas entre las notas, creyendo que así se purificaban.

Tad. Deberas? tal fue tu intento?

Lac. Os lo afirmo.

Tad. Serpention, qué dices?

Serp. Que me hallo lelo, absorto, al ver quanto aprecia el arte.

Tad. Si, con efectos; hijo, olvida lo pasado, y en este mes por supuesto que tienes salario doble.

Lac. Tal favor...

Tad. Es justo premio de tu zelo por la música. Anda, hijo, sigue teniendo la mayor veneracion á esta arte. Baxo del cielo, no hay cosa como la música! Pero ahora que me acuerdo, que son cerca de las diez, que pongan mi coche.

Lac. Vuelo

á dar la orden. *Vase.*

Serp. Qué! va Usía al ensayo?

Tad. Sí por cierto.

Cómo podia faltar, si se ensaya un gran concierto por el gusto de los godos!

Serp. Música estraña á lo menos será.

Tad. Y tú has de venir

Juanita?

Juan. Señor...

Tad. Tenemos

reparos? A buen seguro

que como fuese á paseo,

ó á una brillante tertulia,

no habria que andar con ruegos.

Juan. No sé por qué lo decís.

Tad. Tengo razon, hace tiempo que observo tu indiferencia á la música, te veo pocas veces en el piano.

Just. Perdone Usía, que hoy mesmo ha estado la Señorita estudiando, quando menos dos horas. Mas si no quiere asistir á ese concierto, es porque allí solo irán hombres.

Tad. Esto está bueno, van hombres? pues qué pensabas que fuesen gatos y perros?

Juan. Como dixo usted ayer que no iban señoras.

Tad. Quiero atender á tu reparo, mas cuenta conque en volviendo has de cantar la aria grande que te di ayer.

Juan. Os lo ofrezco.

Sale Lac. El Coche ya aguarda.

Tad. Vamos, Serpention.

Serp. Señor, yo tengo que arreglar aquellas copias.

Tad. Es verdad, pues á tu esmero fio la bella Academia de esta noche.

Serp. No haya miedo que falte nada.

Tad. Ea, á Dios.

ESCENA V.

Juana, Justina y Serpention.

Juan. Vámonos á mi aposento, Justina.

Just. Cómo, Señora, sin averiguar primero si vino ó no vuestro amante?

Juan. Quién puede informarnos de eso?

Just. Serpention nos examina de un modo que está diciendo

que tiene algo de que hablarnos.

Juan. Y es verdad; pero recelo preguntarle...

Serp. He, Señorita, acábense los secretos, si quereis que yo os revele el mas importante.

Just. Bueno, cierta salió mi sospecha: qué te ha dicho Don Mamerto?

Serp. Ola, cómo adivinastes que me ha hablado?

Just. Lo sabemos por cálculo. Qué te ha dicho?

Serp. Que está enamorado, ciego, de la preciosa Juanita, y que no habrá impedimento que le estorve conseguir su mano.

Juan. Ah! no lo espero; mi padre, será imposible consienta en tal himeneo...

Just. Por qué?

Juan. Porque no es músico.

Serp. Lo será: no es el primero que el amor hizo cantar, baylar y hacer mil excesos. Tal poder tiene Cupido, que al avaro mas tremendo le hace garboso.

Juan. Tú hablas del amor premiado.

Serp. Es cierto, pero vos no teneis ojos de ser ingrata.

Juan. Yo tengo un padre, que dispondrá de mi mano.

Serp. Si, lo mesmo que en el Colegio dispuso del corazon.

Just. Sin rodeos, dí si Don Mamerto habló con el amo, y si podemos esperar...

Serp. Tan solo á mi

habló el Señor Don Mamerto; me han prendado su presencia, y sus nobles sentimientos, é interesado en su suerte, me he dignado en el momento concederle vuestra mano.

Juan. Si tu licencia tenemos, Con iro-
no se necesita mas. (nia.

Serp. No os burleis, pues si yo quiero se hará la boda, y si aparto mi proteccion, no hay remedio, llevará sus calabazas el novio.

Juan. Vaya, por cierto que eres hombre de importancia.

Just. No hay un tunante mas diestro en el mundo; si se empeña en hacer el casamiento, no dudeis que lo consiga.

Serp. Justina os está diciendo la verdad.

Juan. ¿Conque me afirmas que conseguirá Mamerto ser mi esposo?

Serp. Si señora, segun el plan que hay dispuesto, la cosa es indefectible.

Just. Y dí, cuándo hablar podremos al galán?

Serp. Qué disparate! quando se pone por medio un hombre de mi carácter, no hay que andarse con rodeos ni bobadas; vuestro amante, protegido por mi ingenio, vendrá con ayre de triunfo en el preciso momento de daros la mano.

Juan. Juzgo, que fias de tu talento demasiado.

Serp. No señoras; pero, ay Dios, que el coche siento en el portalon!

Just. Tan pronto vuelve el amo?

Juan. Con efecto

que es muy extraño.

Serp. Al instante

retiraos al quarto vuestro;

y poned el vestido

de gala.

Juan. Pero...

Serp. No hay tiempo

para hablar mas.

Just. Que ya sube.

Juan. ¡Ay Justina! mucho temo

que esta intriga se convierta

en mi daño!

Just. Allá veremos.

Vanse.

Serp. Pobrecilla! desconfias

pero ya verá el efecto

de mi astucia.

ESCENA VI.

Serpenton y Don Tadeo.

Tad. Lleve el diablo

la escuela Goda.

Serp. Qué es eso!

pués, señor, cómo tan pronto

se finalizó el concierto?

Tad. Quién habia de sufrirlo?

aquello ha sido un estruendo,

sin armonía, ni estilos;

tan solo periodos sueltos;

un ruido, una confusion...

Serp. Antiguallas, con efectos;

vea usted ahora, los Godos!

unos soldadores fieros,

qué entenderian de música!

Tad. Si yo lo estaba diciendo?

pero hay hombres en Madrid,

tan amigos de lo nuevo,

que solo por inventar

novedades, concibieron

el disparatado plan

de ponernos un modelo;

segun esa escuela Goda.

Jesús! en un mes entero

no descansan mis oidos.

Pero otro ruido perverso

Suena la campana.

hiere mi timpano.

Serp. Es

la campanilla.

Tad. En efecto:

ese agudísimo son,

es insufrible.

Serp. Yo entiendo

que es peor el aldabon!

Tad. Ambos son malos; veremos

si se puede colocar

una flauta allí, y con eso

llamará con melodía

quién venga.

Serp. Gran pensamiento!

voy á ver quién ha venido.

Tad. O profesores excelsos

de la Italia! ¿qué dixerais

si vierais este concierto

á la goda, comparado

con los preciosos modelos

que nos dexasteis escritos?

Sale Serp. Señor, señor?

Tad. Qué hay de nuevo?

Serp. El Boticario ha traído

la cuenta de los remedios

suministrados en casa.

Tad. Pues dile que vuelva luego.

Serp. Si le he dicho tantas veces,

eso mismo...

Tad. Ahora no tengo

gana de ver cuentas.

Serp. Bien,

pero ésta es...

Tad. No seas necio,

ó me enfado.

Serp. Mire Usia

que el Boticario la ha puesto

en música.

Tad. Cómo, cómo?

su cuenta en música!

Serp. Cierzo;

conociendo vuestro gusto,

ha querido complaceros.

Tad. Hizo bien; dile que venga;

es gracioso pensamiento;
la cuenta de medicina
en solfa!

ESCENA VII.

Dichos, y el Boticario con un papel.

Botic. La mano os beso,
señor Barón.

Tad. Bien venido.

Botic. Señor, hace mucho tiempo
que pretendía el honor
de hablar.

Tad. Menos cumplimiento,
y mas música.

Serp. Leed
la cuenta, que yo os prometo
buen resultado.

Botic. Así dice.

Tad. Empezad.

Botic. Estadme atento.

Cant. Cuenta formal, que por menor ex-
los remedios que en esta mi botica,
para el Barón he dado,
en este Agosto próximo pasado.

Tad. Bravísimo, proseguid,
el recitado es perfecto,

Cant. Botic. Suero para las criadas;
quatro purgas al Barón;
sinapismos á un Lacayo;
al otro estomacón;
para Doña Juana,
en cada mañana
un buen jarabito,
con que su pechito
se fortifique,
y ponga en regla,
que todo vale
treinta pesetas.

Tad. Bravo, señor Anodino,
ciertamente el canto vuestro
es duro, pero no importa,
es alegre por lo menos,
y fácil, ta la, la, la, la.

Botic. Treinta pesetas.

Tad. Es bien cantable ese verso,
la, la, la, la, la, la, la, la.

Botic. Según eso, me prometo.

Tad. Ciertamente que la arieta es bella.

Botic. Falta el acompañamiento
del bolsillo.

Tad. Así es verdad,
tomad media onza por cierto,
me alegrara ser autor
de ese tono, con efecto,
tiene una cierta alegría
salvaje.

Serp. Desde ahora os tengo
por gran músico.

Botic. Y quién otro
tiene mas causa de serlo
que un Boticario.

Tad. Pues cómo?

Botic. Una Botica es el centro
de la armonía: Almireces
de vidrio ó metal; morteros
de piedra; cedazos grandes;
cedacillos mas pequeños;
todo arma un ruido armonioso.

Tad. Teneis razon, de ahí nacieron
los rasgos de la armonía
imitativa.

Botic. Yo os beso
las manos, vaya por fin
hizo la música efecto.

ESCENA VIII.

Tadeo y Serpenteon.

Tad. Ta, la, la, la, la, la, la,
Repasando la cuenta.

El Boticario me ha puesto
de buen humor.

Serp. Yo al contrario,
tengo un grande sentimiento.

Tad. Bobada, toma el violin,
y al paso corregiremos
la arieta del Boticario.

Botic. Ah Señor! es harfo serio
mi dolor.

Tad. Todo lo alivia
la música.

Serp. Yo me veo
precisado...

Tad. A qué?

Serp. A dexas
vuestra casa.

Tad. Cómo es eso,
dexarme?

Serp. Lo siento mucho.

Tad. Vaya, no puede ser eso;
quando me haces tanta falta!

Tienes un gusto perfecto
en la eleccion de las piezas;
buena voz, oído maestro;
no, no; de mí no te apartas.

Serp. Esas gracias que yo tengo,
son las que me obligan...

Tad. Cómo?

Serp. Llegó á Madrid el sugeto,
el hombre grande y el sublime,
á cuyas lecciones debo
las ventajas de que Usia
me aplaude.

Tad. Cómo? El grande maestro
que te enseñó con tal gracia,
ahora en Madrid le tenemos?
y cuándo ha llegado?

Serp. Anoche.

Tad. Cómo se llama?

Serp. No creo
le conocéis, porque viene
de viajar.

Tad. Qué importa eso?
aunque venga de la China,
si es músico tan soberbio,
le conoceré por fuerza,
cómo se llama?

Serp. Sospecho
que quiere vivir incógnito.

Tad. Por qué capricho tan nuevo?

Serp. La modestia...

Tad. La modestia
de un músico! está muy buenó!

Serp. Además, piensa casarse.

Tad. O! de ese modo preveo

que residirá en Madrid.

Serp. Si señor.

Tad. Pues bien, yo quiero
que asista á mis Academias,
tú vendrás con él, y tengo
todo quanto necesito.

Llévale un recado expreso
de mi parte, que le aguarde
hoy mismo.

Serp. El pensaba veros,
porque...

Tad. Será por mi fama.

Serp. Si señor, y además de eso
piensa hablaros de su boda.

Tad. Querrá lograr por mi medio
el sí, del padre ó tutor
de la niña.

Serp. Yo sospecho
que así será; me parece
que hay obstráculos.

Tad. Pues ellos
se disiparán; qué padre
niega su hija á tal maestro!

ESCENA IX.

Dichos y el Lacayo.

Lac. Señor?

Tad. Qué dices?

Lac. Que quiere
hablaros un Caballero.

Tad. Pues bien, que pase adelante.
Serpenton marcha corriendo,
búscame ese profesor
incógnito.

Serp. En el momento.
Ya el primer paso está dado
con felicidad, veremos
como me salen los otros.

ESCENA X.

Tadeo y Vacarmini.

Vacarm. Señor Barón, yo me ofrezco

á vuestra orden.
Tad. Yo lo mismo, me parece que no tengo el honor de haberos visto en mi vida.

Vacarm. O! no por ciertos, pero dentro de un instante, grandes amigos seremos.

Tad. Ola! esa es una question.

Vacarm. Que resuelvo en el momento, solo con decir mi nombre: H. soy el célebre maestro Vacarmini.

Tad. Vacarmini! aquel profesor excelso que alborota por Italia y Francia?

Vacarm. Y añadid á esos países, el Austria, Prusia, Turquía.

Tad. A los brazos vuestros me precipito. O! hombre sublime! el mismo cielo te ha traído para ser en este día el modelo de todos los profesores de España!

Vacarm. Yo me prometo lograrlo, precisamente tengo muy grandes proyectos.

Tad. Desde luego serán grandes, pues que merecen ser vuestros. Qué fama habeis adquirido en los Reynos extrangeros!

Vacarm. O Baron! nuestra carrera no tiene límites: creo que aunque he ganado laureles, son mayores los que tengo que lograr.

Tad. Os pronostico eso mismo; ¿no sabremos cuáles son aqueles planes que traeis?

Vacarm. Los mas soberbios. Reducir á un obligado de Fagot, los sentimientos

de una coqueta. Inventar un nuevo y raro instrumento, que imite el canto del Grajo; y despues por complemento escribir la Enciclopedia en contradanzas.

Tad. Qué bellos proyectos!

Vacarm. Pero quisiera ser conocido primero en el pueblo de Madrid.

Tad. Nada es mas fácil; para eso se graba vuestro retrato, se escriben luego unos versos en vuestro elogio, y se ponen en música, y á los ciegos se entregan.

Vacarm. Cómo? Baron, á los Ciegos?

Tad. Si son ellos la trompeta de la fama, irán chillando y diciendo por Madrid, traygo el gracioso papel que ha salido nuevo, y los versos del señor Vacarmini.

Vacarm. Considero que es ridiculo.

Tad. No tal, amigo mio; el objeto es adquirir nombradía, si esta se logra, los medios y poco importan para el caso.

ESCENA XI.

Dichos, Serpention, luego Mamerto, detras de él un Músico con un violín.

Serp. Señor Baron, gran encuentro.

Tad. Qué dices?

Serp. A quatro pasos de casa, encontré á mi maestro, y aquí llegué.

Tad. Feliz día, ¿no he visto otro mas completo!

Sale Mamerto y conforme concluye los versos, va el violin expresando los sentimientos de la frase.

Mam. Armonioso Barón, músico insigne, permitid que os presente mis respetos porque la admiración de vuestra ciencia,

me constituye hoy esclavo vuestro.

Tad. O amigo! estoy encantado de ver semejante exemplo de vuestra pasión; al artending que hace todo mi embelaso.

Mam. La música es vereda que conduce de la inmortalidad al sacro templo, el corazón, el alma, los sentidos, se rinden á los músicos acenos, y á el hombre que la música desprecia,

odio, guerra sin fin, baldon eterno.

Toca veloz el violin.

Tad. Ay, qué fuego! qué expresión! hombre sublime; estoy viendo que la parte imitativa la poseéis en extremo; pero yo quisiera hablarlos sin ese acompañamiento.

Mam. Suspended. *Al violin.*

Serp. Señor Barón, ved al Señor Don Mamerto, y en el modo que ha tenido de anunciarse; está diciendo que es el mayor armonista, sinfonista, y todo aquello que acaba en ista.

Tad. No sabéis con qué veras te agradezco que me hayas proporcionado la amistad de tal sugeto.

Mam. Sabed, ilustre Barón, que aunque tenia derecho á vuestra amistad, por ser sobrino de Don Guillermo, vuestro amigo muy antiguo, no usé de tal valimiento;

y preferí conquistar vuestra estimación y afecto, con las melodiosas armas de mi arte.

Tad. Fue como vuestro el pensamiento: con qué es vuestro tio Don Guillermo?

Mam. Sí señor, es un hombre

Tad. Y cómo queda?

Mam. Muy achacoso.

Tad. Hace tiempo

que no le escribo; es un hombre excelente, un verdadero amigo de sus amigos, bondadoso, con extremo, pero hablando con confianza, pobre músico! no ha hecho progreso alguno en el arte; oído duro, perverso gusto; pero sin embargo yo muchísimo le aprecio, y me doy la enhorabuena de encontrar en Don Mamerto un sobrino de mi amigo.

Mam. Solo aspiro á serlo vuestro.

Tad. Es hacerme mucho honor! Ahora bien, aquí os presento un profesor admirable, aunque yo doy por supuesto que le conocéis de Italia.

Serp. Decid que sí. *Aparte á Mam.*

con efecto, este es aquel profesor de quien hablasteis vos mismo anoche.

Mam. Ya se ve, es el Señor...

Serp. Su nombre tengo en el pico de la lengua.

Vacarm. Vacarmini.

Mam. Con fecho, tengo muy grandes noticias de su habilidad.

Tad. Me alegro.

Mam. Quanto me acuerdo de Olando el furioso.

Vacarm. Caballero, ¿qué decís?

Mam. Le vi con gusto en Roma.

Vacarm. ¿Qué estais diciendo?

Serp. Hábladle en su idioma.

Al oído á Mamerto, y éste le alarga dinero sin que lo observe el Barón.

Mam. Veo que estais algo trastornado, yo he visto al Orlando vuestro, quando añadisteis el duo... os acordais?

Vacarm. Sí por cierto.

Mam. Veis como tengo razon?

Vacarm. Pues con tales argumentos, á quién le puede faltar?

Mam. O! qué trozos tan soberbios y brillantes!

Vacarm. Cómo miente.

Mam. ¿Qué decís de los conciertos que yo di en aquella corte?

Vacarm. Inauditos! qué talento para elegir sinfonias!

Tad. ¿Qué placer ver dos maestros tan profundos en su arte!

Vacarm. Decid tres.

Tad. Yo no me atrevo á entrar en comparacion con ustedes.

Vacarm. Ya es eso una modestia culpable.

Tad. Sabed que tiene proyectos sublimes.

Mam. Serán muy grandes; mas con todo, el que yo tengo no conoce superior.

Tad. Si es que saberle merezco...

Mam. Cómo pudiera callarlo! ¿acaso habrá pensamiento en nuestro divino arte que pueda llevarse á efecto sin consultaros?

Tad. ¡O cuánto me lisonjeais!

Serp. No por ciertos; mi maestro os aprecia mucho.

Tad. Veamos pues el proyecto.

Mam. Una escuela universal de Música, un Colegio, donde se pongan los niños recién nacidos.

Tad. Qué bello plan!

Mam. Las amas de cría, los criados y el portero, todos en fin serán músicos; delante de los pequeños colegiales, se hablará siempre cantando. Así, ellos en muy poquitos dias se instruirán con el exemplo en llorar con armonía, para que luego en creciendo no pidan siquiera pan sino cantando.

Tad. Estupendo proyecto! por vida mia, diera todo quanto tengo, por haber imaginado proyecto tan gigantescó.

Vacarm. ¿Qué decís?

Mam. O! no señor, no por cierto, Le da dinero á Vacarmini.

la cosa es sobre manera sencilla, por un momento reflexionadlo, y vereis que no hay obstáculo en ello.

Vacarm. Amigo, usted tiene el arte de allanar impedimentos.

Tad. Y además, ¿qué utilidad resultará al universo?

Vacarm. La mas grande.

Mam. Cada dia en la sociedad nos vemos los músicos, qual nosotros, heridos por el violento choque de los varios sonos discordantes; allí, un grueso



asentista os habla en baxo, una pecimetre luego salta con su voz de tiple, y nos hiere el oido. En esto se oye la monotonía del activo noticiero, que parece un vendedor de gacetas: se oye un viejo gangoso, otro que parece vocina; en fin, todo ello forma un conjunto infernal.

Tad. El retrato es muy perfecto.

Mam. Pues bien, si todos hablasen en música, fuera un cielo la sociedad; qué armonía en las tertulias! qué juego tan agradable de voces!

Tad. Yo me encanto, me embeleso solo de pensarlo. Amigos ¡qué haya hombres tan groseros, que vivan sin aprender la música!

Mam. Son muy necios; pero en poniéndose en planta nuestro armonioso Colegio, todos se convencerán. Y qué, no nos dan exemplo las aves? ¿no veis qual todas se explican siempre en gorjeos y trinados? Pues si canta hasta la chicharra, ¿hay necio que se atreva á no cantar en el mundo?

Tad. Don Mamerto, vos me asombráis! en mi vida me ha hablado ningún sugeto con tan sublime entusiasmo.

Mam. Ah! señor Barón: me siento inspirado, arrebatado.

Serp. Ea, tratad del Colegio de música universal, y para que tenga efecto, sería muy conveniente que ustedes, como sugetos de tanta celebridad, diesen el primer exemplo

embiando allá sus niños. *Vacarm.* Cómo! si yo soy soltero!

Tad. Dice muy bien Serponton, los tres casarnos debemos, y si Dios nos diese hijos, ponerlos en el Colegio.

Mam. Casarme!... Ha, señor Barón, que me excitais un recuerdo muy amargo.

Tad. Ciertamente. Serponton me ha hablado de eso, parece que teneis novia.

Mam. He tenido atrevimiento de pensar en una dama...

Tad. Ah, no, no os echeis por el suelo, ¿qué muger podrá negarse á enlazarse en himeneo con un hombre como vos?

Mam. Yo de la dama no tengo desconfianza. Su padre es quien...

Tad. Será un indiscreto si niega la aprobacion; ¿quién es? vereis, que al momento voy á visitarle.

Mam. Basta un simple recado vuestro.

Tad. No, no: yo voy en persona; por el Señor Don Mamerto, me interesó vivamente.

Serp. Pues dad el consentimiento para la boda.

Tad. Qué dices?

Mam. Que la ventura que espero depende de vuestra mano, pues Doña Juana es el dueño de mi corazon.

Tad. De veras? pues acaso...

Mam. En su Colegio la vi algunas veces.

Tad. Juana... qué ventura! Juana?

Serp. Ha hecho su efecto la intriga. *Ap.*

Tad. Juana?

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Juana y Justina.

Juan. Señor?

Tad. Venga en el momento
tu mano.

Juan. Padre...

Tad. Tu mano.

La agarrá de la mano, y la entrega
á Mamerto.

Aquí, Señor Don Mamerto,
os entrego á vuestra esposa.

Juan. Ay padre, nunca...

Tad. Qué es eso
de nunca? tú me replicas?

Juan. Al contrario, estoy diciendo
que nunca mi voluntad
se puso mejor de acuerdo
con vuestra orden.

Tad. Llámese
á un Notario en el momento.

Mam. Firmad aquí la licencia,
que traygo para este efecto
escrita.

Tad. Qué prevenido
habeis andado!

Mam. Estoy hecho
á no perder un instante
para no robar el tiempo
al estudio de la música.

Tad. Muy bien hecho: todo es menos
que ese arte: Ya está mi firma.

Mam. Pues marchad en el momento
á buscar quien formalize
este acto.

Al violinista.

Tad. Con tal yerno
tengo de volverme loco:
¿no estás contenta?

Juan. En extremo,
porque me dáis por esposo
á quien mereció mi afecto,
y así...

Tad. Aguarda, Serpenton, lo Y...
sube á mi quarto de un vuelo,
y busca aquella aria grande
que acabé ayer.

Serp. Voy corriendo. Vase.

Tad. Viene aquí como de molde,
para expresar los conceptos
amorosos, conquie Piramo
habla á su Tisbe.

Vacarm. En efecto,
la situacion es exácta.

Sale Serp. Aquí está el aria.

Tad. Yo quiero
que como Piramo, oygamos
á mi yerno Don Mamerto.

Mam. Ay Dios de mi vida!

Tad. Vamos.

Serp. Ahora si que es el aprieto!

Tad. Empeza.

Mam. Señor Baron,
el amor, no solo es ciego,
sino mudo.

Tad. Disparate!
no hay en todo el universo
hablador como el amor.

Mam. Será, pero en el exceso
de mi amor y mi alegría
os afirmo que ehmudezco,
y además estoy muy ronco.

Tad. Ese ya es achaque viejo
de músicos. No lo admito.

Mam. Yo cantaria, mas tengo
una dificultad.

Tad. Qué es?

Mam. El que la nota no entiendo.

Tad. Cómo es eso, qué decís?

Serp. Que es el Señor Don Mamerto
sobrino de vuestro amigo,
y amante (hace mucho tiempo)
de la preciosa Juanita,
mas no es músico.

Tad. Qué negro,
qué abominable complot!

Mam. Señor Baron, de este yerro
solo es disculpa el amor.

Vacarm. Pues, y aquello del Colegio?

Tad. Y el andar con el violin, siempre al rabo?

Mam. Fue todo ello, y por facilitar la entrada en vuestra casa.

Juan. Yo espero que perdoneis una intriga inocente.

Tad. No, perversos, no os perdono! en el instante marchad de mi casa: presto, idos á donde no os vea.

Juan. Padre...

Tad. Ya ese nombre tierno no te pertenece, huye.

Vacarmini?

Vacarm. Estoy dispuesto á servirlos.

Tad. Desde ahora sois mi hija.

Vacarm. Que estais diciendo, yo hija vuestra? si soy macho?

Tad. Supuesto que á mi hija veo casada con ese hombre antmelodioso, quiero que vos os quedeis en casa, y que heredeis en muriendo todo mi caudal.

Vacarm. Mil gracias, y para vuestro consuelo,

voy al instante á escribir este chasco tan funesto en una sonata.

Tad. Si, vamos hijo mio.

Juan. Pero así nos abandonais?

Tad. Quitad, infames: detesto á quien la música ignora.

Serp. Pues señores, esto es hecho, el Baron hizo una fuga, toquemos aquí un alegre, que en verdad se pierde poco en reñir con un sugeto tan raro.

Mam. No le desprecies, pues merece mi respeto como padre de mi esposa. Vamos nosotros, á dentro á procurar convencerle demostrándole su yerro, en dar exclusivamente su admiracion y su aprecio, á la música: este arte es apreciable en efecto, mas tambien lo son los otros; cada uno tenga su puesto debido, que en qualquier cosa siempre es vicioso el extremo.

F. I. N.

CON LICENCIA. VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS. AÑO 1817.

Se hallará en la librería de Josef Carlos Navarro, calle de la Lonja de la Sedas, asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.